

LENGUA DE FUEGO

En un habitáculo, donde reinaba la oscuridad y el silencio, el joven permanecía sentado sobre una banqueta de mimbre, situada justo en el centro del espacio. Una misteriosa llamada, al amanecer, lo había llevado hasta allí. Fue llegar y encontrarse con lo que el presentía que era un espacio sagrado. De repente, una voz, que se hacía oír en toda la habitación, bendijo al joven con la gracia del que le hablaba, del Espíritu Santo. El Espíritu se posó sobre su cabeza en forma de lengua de fuego y le dijo que estaba destinado a obrar la conversión de una gran cantidad de hombres y mujeres. El muchacho le preguntó, lleno de dudas y desconcertado, que cómo lo haría y el Espíritu le respondió que cada día que cayese en el día de la fiesta del Señor, iría a una iglesia distinta y participaría en los cantos de la misa. Entonces su maravillosa voz sería el deleite del sacerdote y la belleza que encarnaba sería fuente de cientos de conversiones. Cuando desapareció la presencia del Espíritu, el joven sintió una lengua de fuego sobre su cabeza, el fuego del Espíritu Santo, que le daría el don del canto para expresarse en una lengua divina, hermosa y llena de verdad. Llegó el primer domingo y fue a una iglesia próxima. Cuando comenzó a cantar, una belleza inexplicable clavó en el corazón del sacerdote una daga llena de amor divino. De repente, el sacerdote sintió sobre sí la lengua de fuego del Espíritu y, llevado por su inspiración, predicó la homilía más bella de su vida. Una homilía que le recordó al paraíso en el que vivía allá, por los días perdidos de su infancia. Durante el ejercicio de la palabra a muchos de sus feligreses se les llenaban los ojos de lágrimas. Al salir de la iglesia, muchos de los acólitos sentían una lengua de fuego sobre sus cabezas. Llegaban a sus casas y sus labios rebosaban palabras divinas, llenas de fe,

esperanza y caridad, que compartían con sus familiares y amigos. En un periodo relativamente breve de tiempo, la región se convirtió. Entonces el joven prosiguió predicando con su canto en ciudades desconocidas para él, donde muchos de sus habitantes se transformaban en conversos, recuperando el Paraíso en la forma de una lengua de fuego sobre sus cabezas, llena de un abrasador y dulce sentimiento del amor de Dios.